

LAS CIUDADES CATALANAS Y LA LITERATURA EXTRANJERA

LA LITERATURA Y LAS CIUDADES SON CONCEPTOS QUE ANDAN DEL BRAZO DESDE HACE MÁS DE UN SIGLO, SON AMIGAS QUE SE HACEN COMPAÑÍA Y HAN APRENDIDO EL BUEN OFICIO DE LA TOLERANCIA, QUE LAS HACE COMPLEMENTARIAS.

ISIDOR CÒNSUL ESCRITOR

La relación entre las ciudades y la literatura no se sistematizó hasta bien entrado el siglo XIX, gracias a la combinación de tres elementos: la pérdida del sentimiento hacia la naturaleza, que había sido referencia obligada de las literaturas románticas; la consolidación de la burguesía, que animó el crecimiento de las ciudades y su reconversión, en el marco de la vida moderna; y el auge de la literatura realista, entendida como calco de la sociedad, que contribuyó a fijar el crecimiento y la metamorfosis de gran parte de las ciudades europeas. El empuje burgués obligó a las ciudades a abrir el corsé de los núcleos antiguos –ciudades medievales, en muchos casos– para asimilar poblaciones vecinas y ampliarse en una perspectiva de horizontes más holgados. La burguesía se distinguía por su dinamismo emprendedor y las grandes urbes, imbuidas del mismo espíritu, iniciaron un proceso de desarrollo y de transformación. Fue entonces cuando, de brace te con las estéticas del realismo, la literatura se hizo fundamentalmente urbana. El escritor del XIX tenía mucho de notario y se distinguió, especialmente, por ser un gran observador. Los paisajes urbanos invaden el mundo de la novela y Balzac, Flaubert y Zola, entre otros, se convirtieron en los cronistas del París del XIX, del mismo modo que Charles Dickens lo fue de Londres, Narcís Oller



LA RAMBLA. BARCELONA

de Barcelona, y Galdós de Madrid, por citar sólo algunos ejemplos. El proceso que se inició mediado el siglo pasado se ha multiplicado en el actual, y es difícil encontrar una ciudad de mediano empuje que no se haya visto surcada por los espejos de la literatura. Espejos cambiantes y fragmen-

tarios, empero, por cuanto las ciudades evolucionan y los autores tan sólo logran retratos parciales y fugaces: la imagen de un tiempo es válida por unos años, pero está condenada a ser, en el futuro, la fotografía amarillenta de un pasado irrecuperable. Y es posible seguir, en esta línea, las evoluciones y virajes de una urbe moderna, a partir de la literatura que la ha reflejado. La ciudad de Nueva York de los últimos años, por ejemplo, tiene como novela emblemática *La hoguera de las vanidades*, de Tom Wolfe, aun cuando no se puede prescindir de otros autores como Paul Auster (*La ciudad de cristal*) o Didier Decoin (*Abraham de Brooklyn* y *John l'Enfer*), ni de los guiones que Woody Allen ha convertido en fiesta cinematográfica. En cualquier caso se trata de una literatura donde el perfil de Nueva York se recorta de un modo distinto al que dibujó John Dos Passos en *Manhattan Transfer* (1925) o al que construyó Henry James en *Washington Square* (1880).

Por otro lado, las ciudades pasan por distintos raseros a la hora del reparto literario: las hay que han tenido suerte desde una perspectiva cuantitativa, y otras han gozado del beneficio de la calidad. Dublín, por ejemplo, será por siempre la mítica ciudad del *Ulises* de Joyce, Praga parece inseparable de Kafka, y Elias Canetti, Thomas Bernhard, Robert Musil y Joseph Roth, entre



ANTONI GAUDÍ. LA PEDRERA. BARCELONA



ANTONI GAUDÍ. PARQUE GÜELL. BARCELONA

© ELOI BONJOC H

otros, han enmarcado su obra en Viena, capital musical de la cultura europea.

Barcelona no se aparta de la teoría expuesta, en el sentido de que la literatura no empezó a reflejarla sistemáticamente hasta el siglo pasado. El estreno fue acompañado del primer estallido del catalanismo político, y de un importante crecimiento urbano que culminó con la Exposición Universal de 1888. Anteriormente, no obstante, algunos visitantes ilustres como Giacomo G. Casanova, Stendhal, Washington Irving, Prosper Mérimée o Hans Christian Andersen habían dejado comentarios e impresiones sobre las cualidades, comodidades y carácter de la ciudad. Pero ninguna anotación ha sido tan halagadora como la que, siglos atrás, le dedicara Miguel de Cervantes en una de las páginas de *Don Quijote de la Mancha*:

Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única.

Barcelona: la guerra, el barrio chino y la rambla

Los paisajes recurrentes de la literatura extranjera confrontada a Barcelona, pueden agruparse en la terna temática del título; aunque todavía cabría añadir

el impacto que generan Gaudí y la arquitectura modernista, así como la frecuente referencia a los miradores privilegiados de la ciudad: el Tibidabo y Montjuic. El crítico Àlex Broch, en el trabajo *La mirada estranera* (publicado en *Barcelona en la Literatura "Barcelona Metrópolis Mediterrània"*, n.º 20), analiza lo más consistente de esta literatura, propone unas alternativas de reflexión y establece unos parámetros de distribución en cuatro apartados: novelas de la Guerra Civil, ética y estética del mal, la ciudad como determinación de un destino, y la ciudad como lugar de encuentro y reencuentro.

Antes de entrar en la Barcelona de tiempos de guerra y revolución, podemos acercarnos a la agitación de las jornadas de octubre de 1934, tiempos de revuelta en todo el Estado español, cuando el presidente Lluís Companys –el día 6 de octubre– proclamó el Estado Catalán dentro de la República Federal Española. En el remolino de esas jornadas ambientó Joseph Kessel la novela *Une balle perdue* (1964). Ahora bien, el 6 de octubre no fue más que el preámbulo del desmoronamiento que empezó en verano de 1936. George Orwell, en *Cataluña 1937* (1938), se enfrenta a la tragedia de los Acontecimientos de Mayo de 1937, complejo episodio de revolución dentro de la revolución, que también recoge la novela *El Palace* (1962), de Claude Si-

mon. Por otra parte, el entusiasmo de la rebelión del año anterior puede seguirse en el capítulo correspondiente de André Malraux, en *L'espoir* (1937). Y se da la circunstancia de que los tres narradores (Kessel, Malraux y Simon) acometen la novela desde la perspectiva de un mismo espacio –el Hotel Colón, de la plaza de Cataluña– pero en fechas distintas: el primero vive allí los acontecimientos del 6 de octubre de 1934, Malraux relata los enfrentamientos para ocupar el hotel del 19 de julio de 1936, y Claude Simon enfoca los desventurados Acontecimientos de Mayo de 1937, con la degollina de trotskistas a manos de la ortodoxia estalinista.

Otras referencias y visiones de Barcelona en tiempos de guerra se rastrean en las memorias de Stephen Spender, *World Within World* (1951) y, algo más sesgadas, en la obra de Aldous Huxley, *After Many a Summer* (1939), en algunas páginas de Alejo Carpentier y en pinceladas de André Gide, de Antoine de Saint-Exupéry, de Ernest Hemingway y de François Mauriac, entre otros.

Otro mito literario para la mirada extranjera es la geografía física y humana del Barrio Chino, el lugar urbano quizás más novelado de la ciudad durante todo el siglo XX. Es un marco excelente para la narrativa policiaca y, entre los escritores extranjeros, se presenta con una embrollada amalgama que mezcla

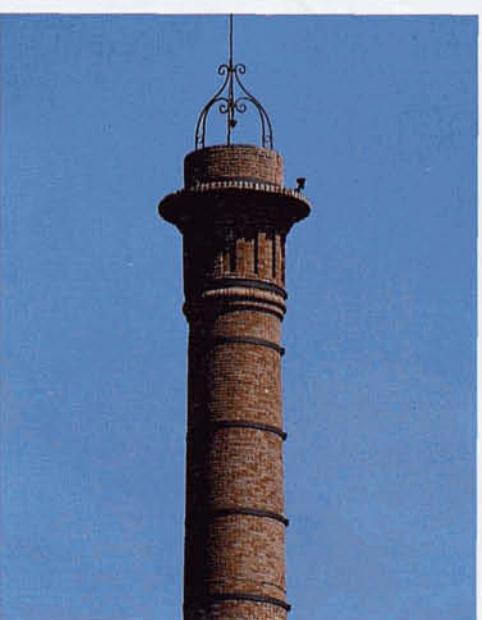


un antiguo escenario de luchas sindicales, una geografía de espionaje durante la Primera Guerra Mundial y donde, por otra parte, se asume que el barrio nunca es un espacio neutro: esto significa que, situar en él una novela, implica decentarse por ambientes de submundo y de marginalidad. Lo deja bien claro Paul Bowles en *Memorias de un nómada*, cuando apunta que, del Barrio Chino barcelonés, se decía que era el más vicioso de todas las ciudades europeas. Tras visitarlo como turista, el autor apunta que ha quedado bastante satisfecho de la depravación que ha encontrado.

La lista de obras y de autores para iniciarse en este supuesto laberinto del vicio, puede empezar con Pierre Mac Orlan, *La bandera* (1931) y *Rues secrètes* (1934), puede continuar con la experiencia del saxofonista americano de *A night in Barcelona* (1947), de William Irish, y seguir sin ambajes por las obras más contundentes de la serie: *Journal du voleur* (1949), de Jean Genêt, *Le bleu du ciel* (1957), de Georges Bataille, y *Al margen* (1967), de André Pieyre de Mandiargues. En los tres títulos, principalmente en los dos primeros, se rastrea una metafísica del mal que es plenamente asumida por los personajes de Genêt y de Bataille.

Aun estando justo al lado del Barrio Chino, la Rambla se convierte, en cambio, en un espacio idílico, una avenida insólita de belleza singular y, quizás, en el lugar barcelonés más loado por las plumas foráneas. Para gran parte de los escritores extranjeros, la Rambla (que en general pluralizan y convierten

en "Las Ramblas") se asocia a la fusión de cuatro criterios complementarios: es un paseo, un espacio popular, un mercado de flores y una geografía de agitación ciudadana. Por esa razón, los barceloneses van allí a curiosear, a pasear, a comprar flores, a mirar a las chicas y a hacer la revolución. Con ligeras variaciones y matices, así lo reflejan el ínclito Rubén Darío, el escritor inglés Evelyn Waugh, el novelista checo Karel Čapek, el periodista Ilya Eremburg, el académico francés Louis Bertrand, el ilustre Jean-Paul Sartre —en la rápida ojeada barcelonesa de *La náusea* (1938)—, y también Gertrude Stein, André Maurois, Henry Miller, Georges Simenon y Eugenio Montale, entre otros. Barcelona, pues, se nos presenta como una doncella festejada con creces por los literatos y sobre todo afortunada, desde esta perspectiva de la mirada extranjera que intento presentar. Y lo es, venturosa, tanto si se cuenta el número de escritores que la han enaltecido, como si se atiende a la calidad y la contundencia de las plumas mencionadas. Y esta mirada extranjera sobre la ciudad, en su sentido más amplio, aún puede redondearse con otros autores y obras como René Bizet, *Avez-vous vu dans Barcelona?* (1926), Francis Carco, *Printemps d'Espagne* (1929), Henry de Montherlant, *La petite infante de Castille* (1929), Henry-François Rey, *Los organillos* (1962), Rossana Rossanda, *Un viatge inútil* (1981), Italo Calvino, *Palomar* (1983), Vassilis Alexakis, *Talgo* (1983) y Gabriel García Márquez, *Doce cuentos peregrinos* (1992). A parte hay que considerar los comentarios y textos



más breves de Boris Vian, Tommaso Marinetti y Francis Picabia, entre otros muchos.

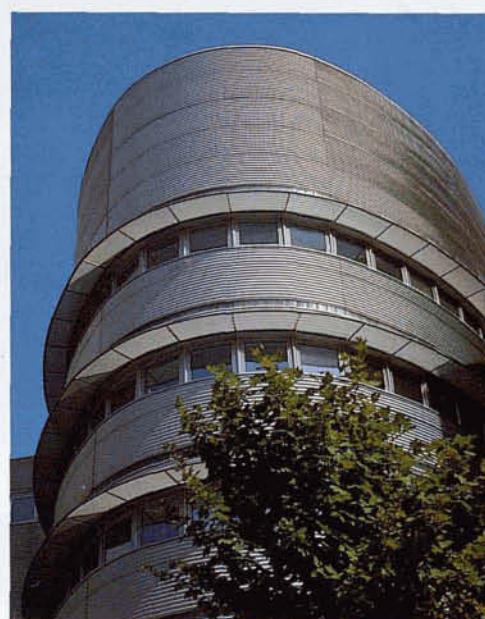
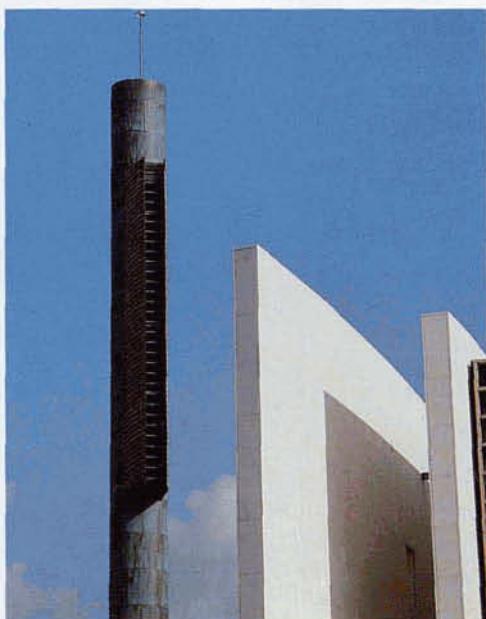
Las demás ciudades del principado

Las demás ciudades catalanas no han tenido la misma solicitud ni han sido, ni mucho menos, tan transitadas por el cosmopolitismo que genera y caracteriza a Barcelona. Aun así pueden espiarse referencias diversas como la novela de geografía leridana del escritor austriaco Alexander Giese, *Lérida oder Der lange Schatten* (1983), o el libro de poemas del italiano Antoni Arca, poeta de Alghero, que ha jugado con el nombre de la ciudad en el libro *Isabelleida* (1991). Asimismo, algunas piezas teatrales del flamenco Paul Koeck presentan aires tomados del Campo de Tarragona, y el volumen del peruano Federico Mould Távara recoge una noticia de la Gerona republicana.

Puestos a rastrear otras referencias urbanas vistas por escritores foráneos, hay que citar la singular experiencia mataronense de Stendhal, cuando pasó por allí en el mes de septiembre de 1837, en una breve escapada de Perpiñán a Barcelona. En Mataró hizo parada y fonda, encontró la ciudad agradable y bien dispuesta, pero comentó que le sirvieron un almuerzo de baja calidad, demasiado abundante en carne y con regusto de aceite rancio. El ilustre narrador francés no consiguió hacer entender que quería huevos, y hasta que llegó a Barcelona, al Hostal de les Quatre Nacions, no consiguió, según dejó escrito, comer con algo de decoro. En todo caso, más difícil lo tuvo Hans

Christian Andersen, cuando el carroaje en el que viajaba tuvo que habérselas con un Fluvia crecido por las lluvias otoñales de 1862, sin ningún puente por donde poder cruzar secos. Esto sucedió en Bascara, y en un lugar donde poco antes había volcado una diligencia y se habían ahogado un par de pasajeros. Es en estas crónicas y relaciones de viajes más generales donde apuntan distintos lugares, rurales y urbanos, de la geografía catalana. Otros ejemplos pueden ser el viaje de Giacomo G. Casanova de Valencia hasta Barcelona, o las memorias del escritor ruso Issac Yakovlevich Pavlovski, quien visitó Cataluña en la segunda mitad del XIX.

La literatura y las ciudades son conceptos que van del brazo desde hace más de un siglo, son amigas que se hacen compañía y han aprendido el buen oficio de la tolerancia, que las hace complementarias. La literatura ha reflejado las palpitaciones y los cambios que se producían en ellas pero, como siempre y fieles a sí mismas, las imágenes de la literatura son múltiples, polivalentes y a menudo están cargadas de ambigüedad. Pueden ir del ditiramo a la crítica, del retrato a la visión simbólica, y del esfuerzo ennoblecedor al roce del espiritu. Por la misma razón, y según la óptica cambiante de los escritores, las ciudades son a veces queridas y enaltecidas, a veces añoradas y, si es necesario, criticadas. Son, de todos modos, imágenes que vuelan, espejos que cambian y viejas colecciones de fotografías amarillentas que hablan de un tiempo que sólo puede conjugarse en pasado. ■



© ELOI BONJOCH